

no necesitaba ser demostrado y a partir del cual se accedía a partir de la mera exposición a esas “verdades científicas”.

El cuarto capítulo pone el énfasis en las tensiones entre lo que Di Stéfano denomina como dos tipos de racionalismos presentes en las publicaciones **Francisco Ferrer** y **La Escuela Popular**. La autora, si bien aclara que en ambas revistas educativas el anarquismo formó alianzas con otros sectores de la época, argumenta que el racionalismo presente en **Francisco Ferrer** tendría una correspondencia con los objetivos del anarquismo en la medida en que defendía la transformación social y la educación como una herramienta esencial para llevarla a cabo. Por esta razón, según Di Stéfano en **Francisco Ferrer** estaría presente un racionalismo que denomina “libertario”. En cambio, en **La Escuela Popular** existía un “racionalismo progresista” cuyo objetivo era hallar reformas más acotadas, ligadas a la transformación del sistema educativo. Según la autora, esta diferencia entre los discursos de ambas revistas, estaría dado por el debilitamiento que produjo el Centenario de la Revolución de Mayo en el movimiento ácrata. Es aquí donde, según Di Stéfano, entró en crisis la postura racionalista dentro del anarquismo que tenía como propósito la creación de escuelas propias al tiempo que comienza a adoptar un discurso promotor de transformación pero dentro de la escuela formal. La Liga de Educación Racionalista creada en nuestro país en 1912 encarnaría este desplazamiento, tal como sugiere también Juan Suriano, quien postula la “separación” del grupo pro-educación liderado por Julio Barcos del resto del anarquismo. De esta manera, mientras en **Francisco Ferrer** estarían presentes los objetivos y principios anarquistas, en **La Escuela Popular** predominarían los del progresismo a partir de la construcción del enunciatario, la estética, las temáticas abordadas, las obras recomendadas y la concepción de la lectura que se tenían de cada revista. Sin embargo, algunos trabajos más actuales, posteriores al pionero de Juan Suriano, han vuelto sobre el tema y a repensar las tensiones al interior del anarquismo para definir el propio significado de ser libertario, disputado por distintas publicaciones, entre las que **La Protesta** representa una fracción.

Finalmente, el quinto capítulo indaga a partir del concepto de *escena* propuesto por Dominique Maingueneau, la construcción de las *escenas de lectura* presentes en **La Protesta**, entendidas como la representación discursiva de determinadas prácticas. A partir de un profundo análisis, la autora describe su importancia no sólo en los ambientes educativos sino en el rol de herramienta de trans-

formación en diversos ámbitos y acontecimientos, como en las manifestaciones del Primero de Mayo. El libro, el diario, el panfleto y todo material escrito aparece como un estandarte de lucha en diversos espacios como la plaza, el sindicato y la fábrica. Otra escena que reconstruye es la de la asamblea en donde se leían cartas de compañeros presos y en donde también se ensayaban escrituras colectivas para resumir los consensos del encuentro. Si bien este último tema no está profundizado, es pertinente para reflexionar sobre la lectura y la escritura, aunque cada una eran actividades a partir de las cuales el sujeto adquiría una mirada crítica o un saber científico, como parte de un proceso que implicaban un “estar con otros” en marchas, asambleas, aulas escolares y lecturas comentadas. En conclusión, **El lector libertario** postula cierta homogeneidad del anarquismo en la construcción de una comunidad discursiva para la disputa del poder y la construcción de una contrahegemonía, en contraposición a las miradas que ponen el eje en las tensiones y diferencias no sólo al interior del movimiento sino también en relación con otros sectores de la izquierda. Es en el cruce de los discursos y las prácticas de esos actores donde se pueden encontrar los matices para entender las experiencias del pasado de una forma que no opaque su complejidad. Precisamente por esa convivencia marcada por la existencia simultánea de consenso- diferencia y aliados-enemigos, es que vale la pena repensar la experiencia histórica de un grupo que dedicó muchos de sus recursos materiales y humanos a la disputa por los significados en torno a las luchas encarnadas en la conformación de un sindicato o la acción huelguística y que el libro de Mariana Di Stéfano reconstruye de forma indiscutible.

Sabrina González
(IDAES-UNSAM)

A propósito de Andreas L. Doeswijk,
Los anarco bolcheviques rioplatenses (1917-1930), Buenos Aires, CeDInCI, 2013, 306 pp.

El trabajo de Andreas Doeswijk introduce varias novedades a las discusiones historiográficas sobre el anarquismo argentino existentes hasta hoy en día. Se trata de una tesis doctoral finalizada en 1998 que circuló ampliamente en forma de fotocopias por los grupos y bibliotecas abocados al tema, donde tomó relevancia por constituir una indagación inicial sobre agrupaciones, folletos y periódicos de un período hasta ese momento no trabajado. Por lo tanto, es

un texto ya bastante citado por los investigadores aunque sus páginas no dialoguen con los últimos quince años de investigaciones.

Aún hoy encontramos insistentes discusiones sobre si los huelguistas de la Patagonia de 1921 eran anarquistas o filo-bolcheviques en las cuales no se puede pensar la posibilidad de que, precisamente, se haya tratado de anarquistas filobolcheviques. Los mismos militantes anarquistas borraron esta parte de su pasado, pero la hoz y el martillo llegaron a estar en el sello de la FORA, y términos como “dictadura del proletariado”, “Centurias Rojas”, “Ejércitos Rojos” y “pre-revolución” fueron ideas adoptadas y discutidas por militantes anarquistas. Doeswijk trae por primera vez los **Manuscritos inéditos** de Nettelau al debate histórico sobre el anarquismo argentino para sostener que efectivamente la versión oficial internacional compró la versión oficial nacional. El olvido voluntario de la trayectoria del grupo de militantes que aquí se reconstruye partió de 1925, cuando, desde las páginas de una obra determinante de la historiografía oficial anarquista, Diego Abad de Santillán y Emilio López Arango, promovieron la idea luego replicada de que el movimiento anarquista en su totalidad se opuso desde el principio a la Revolución Rusa. Sin embargo, Doeswijk afirma que la revolución en Rusia, no sólo entusiasmó a todo el espectro del anarquismo al menos hasta 1919, sino que además revitalizó al movimiento, aumentó considerablemente sus bases, e, incluso, le dio una cohesión sorpresiva. Por lo que una de las primeras tesis fuertes en la que Doeswijk insiste contra las investigaciones editadas hasta su momento es ponderar el apresuramiento con la que se declaró la defunción del anarquismo argentino, además de cargar contra la historiografía marxista y remarcar que la Revolución Rusa inicialmente tuvo un significativo impacto en las filas anarquistas.

La revitalización de la izquierda en general a partir de la revolución se manifestó en fuertes movilizaciones en varias ciudades del mundo a partir de 1918, especialmente en España, Italia y Alemania, y Doeswijk introduce la categoría de “trienio rojo”, tal como se lo ha aplicado en estos países, para referirse a estos años de luchas políticas argentinas. En tanto, entre enero de 1919 y diciembre de 1921, estallaron en el país numerosos conflictos: la denominada “Semana Trágica”, las huelgas en La Forestal, el “Verano Rojo”, la huelga de los maestros en Mendoza, la huelga de los marítimos, la “huelga de las Bombas”, y, finalmente, los acontecimientos de Santa Cruz en 1921.

Como señala el propio autor, algunas de estas



movilizaciones se estudian aquí por primera vez, pero, contra las lecturas de Julio Godio, David Rock y Edgardo Bilsky, sucede que además estos hechos no han tenido una interpretación contextualizada y por lo general se los ha tomado de manera aislada entre sí. La novedad de la obra de Doeswijk consiste en hilar la relación entre algunos de estos acontecimientos a partir de seguir el itinerario militante del grupo anarquista liderado por García Thomas, cuyos miembros fueron los más permeables a las influencias de la Revolución Rusa y al sindicalismo revolucionario. Y, en este punto, al rearmar los episodios rodeados de clandestinidad que involucraron al grupo más conspirador del anarquismo argentino, la lectura del trabajo se vuelve especialmente atrayente.

En primer lugar, porque permite conocer nuevos aspectos sobre la trayectoria de José Vidal Mata, Elías Castelnuovo, Hemerigildo Rosales, Pierre Quiroule, Eva Vivé, Atilio Biondi, Julio Barcos, Nemesio Canale, Antonio Gonçalves, Leopoldo Alonso, Santiago Locascio, y Luís Di Filippo, entre algunos otros militantes. Pero también porque se trató de un grupo que publicó periódicos, libros y folletos. Doeswijk se propone rearmar la construcción cultural, ideológica y literaria con la cual estos actores buscaron resignificar los tópicos y preocupaciones anarquistas clásicas, desde el utopismo, anti-nacionalismo, anti-militarismo, hasta el panteón heroico del anarquismo local.

Además, el autor realiza una revisión de las publicaciones periódicas sindicales y culturales hasta ese momento no trabajadas como **La Rebelión, Bandera Roja, El Comunista, El trabajo**, y, después, **El Libertario, Cuasimodo, Vía Libre y El Burro**. De manera tal, en su recorrido también propone la ubicación político-ideológica de otras publicaciones del espectro anarco-sindicalista, como **Voces proletarias, Nubes Rojas, Ideas, La Montaña, El Soldado Rojo y La Batalla Sindicalista**.

Los futuros antorchistas Rodolfo González Pachecho, Teodoro Antillá y demás miembros del grupo "La Obra", fueron los primeros en desencantarse y mostrarse fuertemente críticos con el proceso ruso en 1919. Pero es sólo a partir de 1921 cuando se plantea definitivamente la dicotomía que encontramos en gran parte de la prensa anarquista del período analizado, en donde el ala forista y protestista encabezada por López Arango y Santillán toman a este grupo como enemigos directos: en tanto frente a los "cristalizados" o dogmáticos, fueron los "camaleones" o "anarco-dicadores" quienes insistieron con la experien-

cia bolchevique más allá de las novedades que la "revolución real" traía sobre Kronstad. En los últimos capítulos se desarrolla cómo este grupo quiso unir a las dos FORAs en la Unión Sindical Argentina (USA) y cómo su periódico **El Trabajo** presionaba para acercarla a la futura Internacional Roja mientras organizaba la conformación de la Alianza Libertaria Argentina (ALA). Finalmente, también a través de la poca información y la misma atmósfera sostenida de rumores, intrigas y acusaciones, se reconstruyen los posibles contactos con la llegada de los primeros delegados de Moscú, las experiencias de los viajeros sindicalistas y anarcófilos que pasan por Rusia para evaluar el proceso, y el mítico complot anarco-radical de 1932 con la supuesta participación de Julio Barcos y García Thomas.

La investigación radicada en la UNICAMP bajo la dirección de Michael Hall, investigador principalmente dedicado a la clase trabajadora brasilera, propone comparaciones con las experiencias organizativas del sur de Brasil, y además con España, Francia e Italia. De modo que, a partir del estudio de un grupo minúsculo, las claves de lectura propuestas contextualizan y enriquecen el conocimiento sobre el movimiento obrero del período, a la vez que amplía las fuentes, discute con gran parte de la historiografía y abre hipótesis sobre terrenos hasta ahora no explorados. En este sentido, la ambiciosa variedad de enfoques que propone el texto puede hacerlo parecer desordenado, pero, a la vez, parece ser la manera adecuada de ingresar a este ambiente de intrigas y sospechas y también permitir una gran cantidad de propuestas de lectura sobre agrupaciones, publicaciones, disputas y divisiones, de un período del anarquismo argentino que sólo recientemente se ha podido investigar

Lucas Domínguez
(CeDInCI/CONICET)

A propósito de Michael Goebel,
La Argentina Partida. Nacionalismos y Políticas de la Historia, Buenos Aires, Prometeo, 310 pp.

La Argentina Partida. Nacionalismos y Políticas de la Historia, el libro que recoge los resultados de la tesis de doctorado del historiador alemán Michael Goebel, ofrece una exhaustiva reconstrucción de la relación entre los usos de la historia argentina y las diversas variantes de nacionalismos en de los últimos cien años.* El

* Texto leído en la presentación del libro realizada en el Cedinci el 14 de marzo de 2014.

nacionalismo, nos recuerda el autor en la introducción, apoyándose en una conocida cita de Hobsbawm, tiene en el pasado su principal combustible, su "materia prima esencial". Y si ese principio se verifica universalmente —es conocida la paradoja borgeana según la cual el nacionalismo es el más universal de los fenómenos—, en la Argentina asumió algunos ribetes singulares. Si es cierta la aseveración de Ernest Renan en su célebre conferencia "¿Qué es una nación?" respecto a que el olvido de las diferencias pasadas constituye un elemento primordial de la nación en tanto comunidad imaginada, **La Argentina Partida** nos muestra en cambio que en este país el discurso nacionalista se construyó permanentemente invocando las tradiciones de un pueblo-nación que excluía de sus fronteras diversos elementos históricos ocurridos en el espacio argentino. La incesante producción de un pasado de diferencias entre lo nacional y lo antinacional habría dado la tónica a las principales expresiones del nacionalismo argentino.

El libro de Michael Goebel recorre entonces un siglo de efusiones nacionalistas, desde el nacionalismo mitrista de la Nueva Escuela Histórica y el llamado "primer nacionalismo cultural" del Centenario, a los diversos usos del pasado e imágenes de la nación que se dieron en las diversas coyunturas que signaron el curso histórico argentino de los años 1930 hasta prácticamente nuestros días. Además de mostrar la centralidad que la temática nacionalista tuvo en la política y la cultura argentinas, una primera virtud del libro tiene que ver precisamente con ofrecer una visión de ese recorrido en su larga duración. Ese rasgo infrecuente en los trabajos eruditos, hace de **La Argentina Partida** un libro que puede resultar atractivo para un público no solamente académico, y justifica plenamente su traducción al castellano (su versión original en lengua inglesa fue publicada en 2011 por Liverpool University Press). Hubiera sido de lamentar, en efecto, que un esfuerzo de esta naturaleza permaneciera fuera del conocimiento de los lectores argentinos.

Ese carácter de libro emparentado con las producciones historiográficas enmarcadas en el campo de la llamada "alta divulgación", se vincula al hecho de que, en una primera impresión, pareciera que estamos ante cuestiones que ya han sido transitadas por la historia académica reciente. El primer capítulo, en particular, que se centra en La Nueva Escuela Histórica y en el surgimiento del revisionismo histórico en los años 1930, sugiere esa percepción. Conforme se avanza en la lectura del texto, sin embargo, queda de manifiesto que estamos ante un libro que combina juicios sintéticos